

confiesan que la oración es más ferviente, más seria entre los musulmanes que entre los cristianos. La peregrinación y el ayuno no son actos exteriores; nada más contrario á todo ceremonial que el islam: "La mejor provisión para el viaje á la Meca es la piedad. La virtud no consiste en que volváis la cara á la parte de Poniente ó de Levante; virtuosos son aquellos que creen en Dios, que por amor á Dios socorren á sus prójimos, á los huérfanos, á los pobres, á los viajeros, que rescatan los cautivos y que son pacientes en la adversidad," (1).

Los enemigos del islam no han hallado palabras bastante infamantes para censurar el paraíso de Mahoma: "Es la obra de esos espíritus inmundos, dice un abate, que piden permiso á Cristo para entrar en el cuerpo de los cerdos," (2). En verdad que se ve uno tentado á decir con Gibbon que hay envidia en esa indignación. El docto Reland ha probado ya que se calumniaba á Mahoma al afirmar que "su paraíso consiste exclusivamente en los placeres," la mayor felicidad prometida á los elegidos es la visión de Dios (3). Verdad es que, para el común de los creyentes, las huries de ojos negros tienen más atractivo que una dicha espiritual que el hombre no puede comprender. Los apologistas de Mahoma han querido convertir en símbolos los cuadros materiales de su paraíso (4). Nos parece que es dar una falsa idea del mahometismo; el islam no es una ley hecha para frailes y anacoretas, sino que toma al hombre tal como Dios le ha hecho, y en lugar de mutilar la creación, da satisfacción á todas las necesidades de la naturaleza humana. Nosotros podríamos reprocharle que da demasiado al cuerpo, pero importa poco; á lo que hay que atenerse es á la idea, no á la forma que ha revestido en el mahometismo; y en ese sentido, nosotros decimos que el islam, tan execrado es superior al cristianismo. La idea del paraíso cristiano es falsa, como lo es la idea cristiana de la vida presente. Para los cristianos, el cuerpo no es el instrumento del alma, es el enemigo, y tratan de dominarle y de aniquilarle. Ciertamente es que lo hacen resucitar; pero en esta parte, la contradicción se agrega al error; ¿qué hacen en su cielo, del cuerpo, de sus órganos y de sus

(1) *Revista del Oriente*, t. VI, p. 223.—*Corán*, II, 133, 172.

(2) ROHRBACHER, *Hist. de la Iglesia católica*, t. X, p. 31.

(3) PRIDEAUX, *Vida de Mahoma*, p. 25.—RELAND, II, 17.—SALE, sec. IV, p. 503.

(4) CHODZKO, en la *Revista del Oriente*, t. V, p. 50.

funciones? Los anulan; y entonces, ¿para que sirve el cuerpo? El sentimiento de Mahoma es más justo, es el del mosaísmo y el del mazdeísmo. El cuerpo resucitará, pero es para continuar la existencia terrestre, perfeccionándola. Tal es la idea que entraña el paraíso de Mahoma y que prevalecerá en el porvenir sobre la creencia cristiana: la vida futura es una vida material é intelectual á la vez, como la vida de este mundo, pero una vida que va perfeccionándose hasta lo infinito (a).

§ III.—Influencia civilizadora.

Se niega que el mahometismo haya ejercido una influencia civilizadora. "La cuna misma del islam, dice un escritor católico, es en el día la que era antes de Mahoma; los Arabes han retrocedido á su antigua existencia de merodeo y vandalismo, como si no hubiera existido tal profeta. En Oriente, la conquista musulmana ha destruido todo lo que quedaba de las antiguas civilizaciones, y el Africa ha vuelto á caer en la barbarie. La Europa misma ha tenido que suspender la obra de su regeneración para luchar contra la invasión de esos nuevos Bárbaros. Una dominación mortífero se ha extendido sobre la mayor parte del mundo, sobre los países más favorecidos de la naturaleza, no para infiltrarles una nueva sangre, como han hecho los Bárbaros del Norte, sino para detener todo progreso en medio de la apatía del fatalismo," (1).

Ya veremos más adelante si la civilización árabe merece el desprecio que se la prodiga. Se necesita una gran ceguedad para negar los beneficios que la humanidad debe á esos pretendidos Bárbaros del Oriente. ¿Cómo ha podido olvidar el autor de una historia universal que el renacimiento de la filosofía, de la literatura y de las ciencias es debido á los trabajos de los Arabes? Esos Bárbaros, á quienes él acusa de haber detenido el progreso, han sido su instrumento, hasta entre nos-

(a) Aunque pudiéramos, no querríamos pintar de almazarón al mahometismo, como Mr. Laurent se complace en pintar al cristianismo. Pero esas pinturas nos parecen poco serias y no nada filosóficas. Jesús no tuvo el arevimiento que Mahoma; no describió la vida de ultratumba. «Dios no es Dios de los muertos, sino de los vivos», dijo en una ocasión para eludir sabiamente la cuestión de la vida futura. Verdad es que predicaba la inmortalidad del alma y la resurrección; pero no pasó más allá. Este campo se lo dejó á Mahoma y á otros. Hoy lo cultiva provechosamente Flammarión. No quisieramos ver metido en él á Mr. Laurent, y menos haciendo de Pitonisa.—(N. del T.)

(1) CANTÚ, *Hist. univ.*, t. VIII, p. 95, 97.

otros, hombres del Occidente, que hoy los despreciamos desde la altura de nuestra superioridad intelectual. Mientras que la Europa estaba abismada en las tinieblas de la barbarie, una gran cultura brillaba en Bagdad y en Córdoba. Se calumnia al islam al decir que ha servido de obstáculo á la civilización. Si ésta se ha detenido entre los Arabes, es debido menos á la doctrina religiosa que á los pueblos que reemplazaron la raza árabe y que no estaban tan bien dotados por la naturaleza. Si nuestra civilización es superior á la de Oriente, no somos deudores de ello solamente al cristianismo: que se vea lo que ha sido del imperio griego bajo la dominación exclusiva de la religión cristiana. En toda civilización hay un elemento de nacionalidad que el historiador debe tomar en cuenta, y bajo ese punto de vista hay que juzgar al islam y apreciar su influencia. ¿Ha sido el islam superior á la idolatría árabe, al fetichismo de Africa, á la decrepitud bizantina y á la decadencia persa é indiana? La respuesta á estas preguntas es la justificación providencial del mahometismo.

No haremos al islam la injuria de compararle con el fetichismo africano. "Mahoma, dice Leibnitz, no se separó de los grandes dogmas de la teología natural, y sus sectarios los difundieron entre las más apartadas naciones del Asia y del Africa, adonde no había llegado el cristianismo y donde extirparon, en bien de aquellos países, las supersticiones paganas, contrarias á la verdadera doctrina de la unidad de Dios y de la inmortalidad de las almas." Se dice que la influencia del Corán fué sólo momentánea, y que la Arabia volvió á ser lo que antes era. Consultemos los hechos. Antes de Mahoma, cada tribu tenía su divinidad particular; bajo la figura de algunos de sus ídolos, los Arabes adoraban ángeles que se imaginaban pertenecer al sexo femenino y á quienes llamaban hijas de Dios; otros tenían por dioses grandes piedras toscas; la Caba de la Meca era como el Panteón de los Arabes, donde se encerraban nada menos que 360 divinidades; y á la idolatría árabe acompañaba, como á todo politeísmo, la creencia en los genios, en la magia y en la adivinación (1). Alguna vez, en circunstancias solemnes, el culto se hacía sanguinario, y los padres inmolaban á sus

hijos (1). Después de la toma de la Meca, Mahoma declaró una guerra á muertos á los ídolos, y él mismo, dando vuelta á la Caba, fué dando golpes con un bastón que llevaba en la mano á aquellas falsas divinidades y exclamando: "Ha venido la verdad, que la mentira desaparezca." En seguida fueron echadas al suelo y hechas pedazos. Había en la Arabia otros templos respetados por los idólatras, y fué necesario emplear la fuerza para destruirlos; los más célebres guerreros mulsumanes, Ali, Khalid, se distinguieron en aquella guerra antes de vencer á los Griegos y á los Persas (2). ¿Es lícito ahora decir que el estado actual de la Arabia es el mismo que antes de Mahoma? ¿Se adoran ídolos? ¿Se les sacrifican todavía víctimas humanas? ¿Inmolan aún los padres á sus hijos? La vida errante subsiste aún con el bandolerismo; pero esto depende de la naturaleza del desierto, y los Beduinos, aunque fueran cristianos, serían siempre Beduinos (a).

¿Hay más justicia acaso en acusar á los Arabes de haber destruido las antiguas civilizaciones del Oriente? Esas palabras venerables de antiguas civilizaciones son ocasionadas á error acerca del estado real de la Persia y de la India en la época de la conquista mahometana. Yo lo hemos dicho: la religión de Zoroastro, degenerada y corrompida, satisfacía tan poco á las almas, que algunos reformadores radicales habían encontrado apoyo en el sacerdocio y hasta en el trono. La Unidad de Dios había desaparecido ante el dualismo de los magos; y al predicarla los Arabes con las armas en la mano, fueron verdaderos reveladores para la Persia. En cuanto á la India brahmánica, que había rechazado de su seno la reforma buddhista, su antigua civilización se reducía á mantener la más profunda de las iniquidades sociales, las castas. El Corán enseñó á los Indos la unidad original de la raza humana; y bajo su influencia surgieron sectas que reivindicaron la libertad y la igualdad para todos los hombres (2).

Pero ¿el islam no encontró en el Oriente más

(1) HYDE, *De Relig. veter. Persarum*, p. 30.—SALE, V, p. 516.

(2) PERCEVAL, t. II, p. 230, 232, 241.

(a) El mismo sistema y la propia panacea.—(N. del T.)

(3) La religión de los Sikhs es una tentativa de conciliación entre las creencias indianas y el islam, pero dominando estas últimas: unidad de Dios, nada de imágenes, igualdad de los hombres, abolición de las castas (BENFEX, en la *Enciclopedia de Ersch*, sec. II, t. XVII, p. 267).

(1) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, I, 348, 270, 350.—SALE, I, página 471.

que *civilizaciones antiguas*? Encontró Bárbaros á quienes el buddhismo y el cristianismo no habían logrado convertir, y que llegaron á ser el elemento más eficaz del mahometismo. Algunas tribus de Turcos adoptaron el buddhismo; pero la masa de la nación le rechazó, porque á hombres materiales, activos, ávidos de goces y de poder, les convenia muy poco la fe metafísica, la contemplación, el *nirvana* (1). El cristianismo tampoco les acomodó; algunas letras para completar su alfabeto es todo lo más que consintieron recibir de los monjes nestorianos. Necesitaban una religión de este mundo, una religión de conquista y de goces inmediatos, y del sable como instrumento de predicación. El Corán impuso sus máximas con una facilidad y una prontitud maravillosa á aquellas hordas salvajes; el islam comenzó por seducir sus apetitos materiales, y acabó por civilizarlos (2) (a).

Las victorias del islam en el Oriente inspiran, sin embargo, un sentimiento involuntario. Hemos asistido á las elocuentes predicaciones de San Crisóstomo; hemos admirado los prodigios de caridad de San Basilio; hemos seguido á San Agustín en sus profundas discusiones acerca de la naturaleza del hombre y de sus relaciones con Dios, y allí, donde habían brillado la filosofía, la elocuencia y la caridad cristianas, apenas encontramos un recuerdo de Jesucristo; algunas sectas oscuras separadas del cuerpo de la Iglesia: hé ahí la que queda del cristianismo oriental. Se pueden explicar las conquistas del islam sobre el Evangelio; pero la esperanza de recobrarlas ha sido siempre fallida. La pérdida parece irreparable; ¿hay que deplorarla en interés de la humanidad? El cristianismo pe-

(1) Los bonzos, decían los Turcos, no predicán más que la paciencia, la humildad y la abnegación del mundo, y esa no es la religión de los héroes (GIBBON, c. 42).

(2) *Nueva Enciclopedia*, en la palabra *Turcos*, t. VIII, p. 565.
(a) Lo de moralizarle nos ha de permitir Mr. Laurent que se lo preguntemos á la Turquía, al Egipto y á Marruecos; es decir, que lo neguemos con la historia en la mano y los hechos á la vista.—(N. del T.)

reció en el Asia, sin que se pueda decir que los Arabes le hayan destruido. La conquista esparció la creencia; las victorias sirvieron de misiones; pero jamás los vencedores obligaron á los vencidos á abrazar la fe de Mahoma. Si desapareció el cristianismo, es que los cristianos dejaron voluntariamente el Evangelio por el Corán; se puede atenuar el hecho de su apostasía, pero siempre se puede decir que el Evangelio no debía haber echado profundas raíces en sus corazones, cuando le abandonaron sin violencia y sin lucha. ¿No podrá consistir eso en que la religión de Mahoma convenga mejor á los hombres del Oriente que la de Cristo? (a).

La Iglesia griega no había llegado aún, en tiempo de su mayor esplendor, á transformar las costumbres del Oriente. A los que les quedase alguna duda sobre esta impotencia, les recordaremos las dolorosas invectivas de Crisóstomo y de Efremito contra la corrupción de sus tiempos. Hombres materiales como eran aquellos, ¿no debían anteponer un culto que les permitía la satisfacción de sus apetitos á aquel otro que les anunciaba la condenación por aquellos mismos goces? Las pérdidas del cristianismo y las victorias fáciles del islam atestiguan que el Corán era más apropiado á los pueblos de Oriente que el Evangelio. El cristianismo no tuvo allí nunca más que un brillo artificial debido á algunos grandes genios que ilustraron el helenismo agonizante. Aun cuando los Arabes no hubieran salido de sus desiertos, la religión de Cristo no hubiera tenido en Oriente más que una existencia sin gloria y sin fruto. El cristianismo griego de Constantinopla debe consolarlos de la ruina de las iglesias donde predicaba *Juan Boca de oro*.

(a) Esa pregunta y los anteriores asertos, después de la guerra de exterminio hecha por los *Khalid* y los *Omar* y los *Mahomet*, nos parecen... un *tour de force*, como dicen los franceses: es demasiado fuerte.—(N. del T.)

CAPÍTULO II

LA UNIDAD ÁRABE

SECCION I.^a

LA CONQUISTA

§ 1.—La guerra sagrada.

Toda religión fundada sobre una revelación divina tiene la ambición de hacerse universal. Los Judíos esperaban del Mesías que extendiera la ley de Moisés por el mundo entero. Y se imaginaban al sucesor de David como á un soberbio conquistador que daría el imperio de la tierra á la raza de Israel. Mahoma es el Mesías del judaísmo. El dogma es idéntico en las cosas fundamentales, pero el islam ha quitado el carácter nacional al Dios de Moisés, carácter que le impedía traspasar los límites de la Judea: el Dios único de Mahoma no conoce límites á su poder; sólo se detendrá donde la tierra le falta.

¿Tuvo Mahoma el designio de propagar su fe por medio de la guerra desde el principio de su carrera profética? Los católicos reclaman el imperio de la cristiandad para los papas desde la cuna del cristianismo, y los musulmanes atribuyen la misma ambición á Mahoma (1). Tales pretensiones son contrarias á la naturaleza de las cosas, porque

colocan la fuerza de la edad madura en las mantillas de la infancia. Mahoma ha podido concebir la creencia de la unidad de Dios como única verdadera y como superior á las demás religiones; pero de eso á concebir la guerra sagrada contra todos los pueblos media un abismo. ¿Podía el oscuro refugiado de Medina soñar el éxito prodigioso que esperaba á su creencia perseguida y casi anonadada en su cuna? No parece que Mahoma tuviese otra ambición que la de ser el profeta de la Arabia y la de restablecer entre los descendientes de Ismael el culto del único Dios que profesaba su antecesor Abraham; respetaba á Moisés y á Jesucristo como hombres divinos, y hasta parece reconocer que judíos y cristianos pueden conseguir su salvación observando los mandamientos que Dios les ha dado. Si piensa en atraer al islam los *dos pueblos de la Ley*, no es por la fuerza, sino por la persuasión, atemperándose á sus tradiciones y apropiándose-las. Habiendo salido de la misma cepa que los judíos y los cristianos, espera reunir todas las ramas del mismo tronco, y entonces es cuando proclama la bella máxima: "Nada de violencia en materia de

(1) REINAUD, *Monumentos árabes*, t. I, p. 320.